

A character with brown hair, wearing a green jacket with a fur collar and a gas mask with glowing yellow lenses and a filter, is shown from a low angle. The character is holding a red object. The background is a hazy, post-apocalyptic landscape with skeletal remains of buildings and a large, dark, tentacle-like structure hanging from the top.

DMITRY  
GLUKHOVSKY  
OUTPOST

minotauro

DMITRY GLUKHOVSKY

# OUTPOST

minotauro

Outpost 1

Título original: *ПЛОТ*

Copyright © 2019 by Dmitry Glukhovsky  
Publicado por acuerdo con [www.nibbe-literary-agency.com](http://www.nibbe-literary-agency.com)

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Joan Josep Mussarra Roca, 2022  
Ilustración de la cubierta: © Michał Kawczyk  
Desarrollo de la cubierta: Book & Look

ISBN: 978-84-450-1477-6  
Depósito legal: B. 3929-2023  
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

# 1

¿Qué hay allí, al otro lado del puente? Debe de ser la milésima vez que Egor repite la pregunta. Y ¿por qué no iba a repetirla? Cada vez le dan una respuesta distinta.

El gigantesco puente se adentra en vapores verdosos, en una bruma densa y venenosa, y se va difuminando hasta volverse invisible a unos veinte metros de la orilla. Una y otra vez, el viento arremete contra la niebla y trata de dispersarla, pero siempre fracasa.

La cortina verdosa se retira un poco y deja al descubierto siempre lo mismo: raíles oxidados, vigas oxidadas, armazones oxidados, sobre los que ha crecido algo que parecen algas rojizas, pero no lo son. Algo que se agita cuando sopla el viento y también cuando no lo hace.

No hay manera de que la niebla se disperse, porque surge de las aguas. Es el aliento del propio río... de ese río lento, cubierto de espumas, enfermo.

El río no es visible. La bruma no permite ver el punto en el que los puntales de hormigón se hunden en el agua. Pero lo oyen a través de la niebla: sus borboteos, sus chapoteos, el fragor de sus aguas. Parece que esté vivo... pero no lo está. Allí abajo no vive nada. Y si algo cae en sus aguas, no tarda en morir. Los botes de madera se carbonizan, los de caucho empiezan a soltar burbujas y estallan. Las gentes que viven en la comarca no se acercan al agua por nada. Y, por otra parte, ¿qué significa «agua» en este lugar...?

No se puede navegar por ese río. Ni siquiera con barcazas protegidas con refuerzos de acero. Los que navegan aguas abajo no regresan. Y nadie se ha acercado nunca al puente desde la dirección opuesta.

Por eso el río no necesita ningún nombre. Se llama, sin más, «río». Pero en otro tiempo lo llamaron «Volga».

Egor no se rinde.

—¿Qué es lo que hay?

—Pues no sé... probablemente ciudades. Tan desiertas como nuestra Yaroslavl. Pero eso ya lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

—Yo no sé nada. El que lo sabe todo eres tú, Serguéi Petróvich.

—Tú no te acerques al puente, ¿te ha quedado claro? ¡Como te acerques, te arranco la cabeza!

—Sí, me ha quedado claro, Serguéi Petróvich. Yo no soy más que un atontolinado que solo piensa en tocar la guitarra. ¡Y tú el comandante del puesto fronterizo! Se supone que no sé nada. ¡Pero lo que me preguntas es por qué tú no quieres saber más! ¡Tú, que te encargas de defender la frontera oriental del imperio!

Polkán —Seguéi Petróvich Pirogov es conocido por ese apodo, el nombre de una especie de centauro del folklore ruso— frunce el ceño. Se frota la calva. Aparta a un lado el vaso, sobre el portavasos de plata adornado con un motivo ferroviario.

—Yo ya sé todo lo que tengo que saber, ¿lo has entendido, sabihondo? —masculla—. El condenado ferrocarril va desde Moscú hasta el otro extremo del mundo. Pero, por lo que a mí respecta, es como si terminara aquí, mientras no venga nadie desde la otra orilla. Cada uno de nosotros tiene sus obligaciones, ¿entiendes? ¡Cada uno tiene su puesto!

Polkán tamborilea sobre la mesa con los dedos. Irritado, busca alguna ocupación, una excusa para hacer salir a Egor de su despacho. La clase de formación política ha terminado antes de empezar.

Egor pide tregua.

—Devuélveme la guitarra y me marchó en seguida.

—Joder, no empieces otra vez con la guitarra, ¡¿vale?! Vete a estudiar historia. Luego tienes sesión de entrenamiento en lucha cuerpo a cuerpo. ¡Ya hablaremos de la guitarra esta noche! ¡Solo piensas en mover los pulgares y lo que tienes que hacer es estudiar! ¡Ahora tu obligación es aprenderte la geografía del imperio! ¡No querrás ponerte a pensar en lo que hay en el otro lado, si ni siquiera sabes lo que hay en este!

Pero ¿qué es lo que hay en este lado?

Casas desiertas, calles desiertas. Las carcasas abandonadas de coches que dejaron de funcionar. Huesos que no son de nadie, desperdigados o amontonados. Perros salvajes.

Apenas si queda vida. Salvo en los puestos militares, en antiguas estaciones ferroviarias que se han transformado en fortalezas, donde viven atrincherados algunos puñados de seres humanos pegados a la vía férrea.

La base de Polkán se halla al final de todo. Su guarnición ha recibido la orden de vigilar las vías de acceso orientales y tiene el deber de controlar el puente. ¿Por si vienen rebeldes? ¿Nómadas? ¿Bestias salvajes? Ni siquiera Polkán lo sabe ya.

En los libros de historia que Egor está obligado a estudiar, todo termina bien: prosperidad, justicia, el inicio de una nueva era. Pero ¿cuándo se fue al garete esa nueva era? Eso ya no sale en los libros. Egor tiene que creerse lo que le cuenta Polkán: que el pueblo fue presa del furor y unos traidores destrozaron el país. La capital estaba tan exangüe que no pudo conservar los territorios que se separaban. Por fin, Moscú había trazado una frontera a lo largo de las aguas contaminadas y venenosas del Volga, había establecido la base en la orilla que quedaba de su lado, había olvidado la otra y se había preocupado de sus propios asuntos. Y desde luego que tenía asuntos por los que preocuparse.

Lo que antaño había sido Rusia se transformó en Moscovia.

Egor no necesita saber más. Mira a los ojillos de cerdo de Polkán.

—Me cago en vuestra historia y vuestra geografía —dice—. El mundo antiguo se fue a tomar por culo y por mí no hace falta que vuelva. Pero yo quiero mi guitarra. No fuiste tú quien me la dio y por lo tanto tampoco puedes quitármela, ¿te ha quedado clarito?

Egor se va acercando a la puerta, con la intención de escabullirse antes de que el orondo y anquilosado Polkán se levante de la mesa. Este se da cuenta poco a poco de lo que acaba de decirle el muchacho. Por fin, agita en el aire su rollizo puño.

—¡Cuidado con lo que dices, inútil! ¡Si no, vas a dormir fuera, y entonces veremos lo valiente que eres! ¡Y tu balalaica terminará en el horno de la cocina!

—¡Inténtalo!

Pero el comandante de la base es demasiado perezoso como para ir detrás de Egor. Y, además, ¿para qué? De todos modos van a dormir bajo el mismo techo. Ya volverá a casa sin tantos humos. Lo que no hará es pasar la noche fuera. Así, Polkán le grita, sin levantarse de la silla:

—¡Pues si no quieres estudiar, no estudies! Diecisiete años y lo único en lo que piensas es en tocar la guitarra y en vaguear, no quieres utilizar la cabeza. ¿Sabes una cosa? ¡Si quieres marcharte por el puente... márchate! ¡Vete! ¡Fuera de aquí! Tampoco vas a llegar muy lejos. ¿A dónde irás

sin tu mami? ¡Si todavía vas agarrado a su falda! ¡Lo único que sabes hacer es faltar al respeto, y nada más!

—¡Pero si el calzonazos eres tú! ¿Qué sabes hacer, aparte de poner el culo en la silla y dar órdenes? ¿Tú te crees que para eso se necesita mucha inteligencia? ¡Vaya comandante!

—¡Al diablo contigo! ¡Sal de aquí!

Eso era lo que quería Egor: que Polkán perdiera los estribos.

Se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y baja brincando por la escalera que desciende desde el último piso del edificio comunal.

## 2

Ya en el primer piso, Egor se detiene frente a la puerta tapizada con cuero sintético del apartamento número 4. Contiene el aliento y escucha: ¿Se oye la voz de ella? ¿No?

Egor tiene buen oído. Sigue con detalle las conversaciones de los vecinos, distingue los ladridos de los perros cuando los chinos vienen con sus carros, reconoce la altura del tono con que silba la tetera o aúllan los lobos. Su madre dice que lo ha heredado de su padre biológico. Dice que es una cualidad idiota, que no le va a traer nada bueno.

No. No oye la voz de ella. Al otro lado de la puerta se oye la letanía de la anciana, pero nada más. No le ha servido de nada detenerse allí. Se enfada consigo mismo por no haber podido evitarlo tampoco esta vez. Recorre varios escalones de un salto y sigue hacia abajo a toda velocidad.

Al llegar a la entrada, agarra el longboard que había dejado apoyado contra la pared.

Se sube al longboard, pero aún no se mueve. Lo único que hace es mirar a las ventanas. Las ventanas del primer piso. Están vacías, pero por una fracción de segundo le parece como si algo se hubiera deslizado tras el cristal, como por debajo de una capa de hielo... ella: su cabello rubio suelto, sus hombros delgados, bronceados por el sol... le parece haber reconocido hasta sus ojos grises y claros... ¿Será que le ha oído? Egor levanta la mano y hace un gesto vacilante al cristal y al hielo.

Y entonces, de pronto, siente sus ojos en la espalda.

Michelle está cerca de los garajes y le mira, burlona, y aburrida ya de antemano. No tiene ganas de empezar esta conversación: hola, cómo va la vida, sí, la mar de bien. Sabe mejor que Egor lo que hay detrás de esta conversación insustancial. La joven tiene veinticuatro años, Egor es de-

masiado joven para ella y, desde luego, el chico no está a su altura, aunque su padastro sea comandante de la base. Egor tiene diecisiete años, es verdad que ya no es virgen, pero dejó de serlo tan solo por cumplir, con una prostituta china de Shanghái. En cambio, Michelle es una estrella, una princesa, no pertenece a este mundo.

La joven sostiene un iPhone con la mano. El mismo iPhone viejo que siempre lleva encima, como si lo tuviera pegado al cuerpo. Ya no sirve para telefonar, porque las redes cayeron hace una eternidad, al inicio de la guerra. Pero tampoco lo necesita para hablar con el presente. Es su manera de conectar con el pasado.

Egor arruga la nariz.

—Hola, ¿cómo va todo?

Michelle le mira. Hay algo distinto en su mirada, no solo el eterno cansancio por los torpes intentos de acercamiento del muchacho. Egor ve como una negrura... como si algo se hubiera quemado en los ojos de la muchacha. La joven toma aliento, como para alejar a Egor con un soplo, pero termina por decirle sin fuerzas, con indiferencia fingida:

—Se me ha muerto el móvil.

—¿Cómo dices? ¿Muerto?

—Sí, no sé. Algún día tenía que pasar.

Lo dice como si no le importara, pero la voz le tiembla. Se vuelve y mira al vacío que está más allá del portón de la base.

Egor se emplea a fondo para aparentar seguridad en sí mismo con su presencia y su voz.

—¡Pero seguro que se podrá arreglar de alguna manera!

Michelle le observa con detenimiento, clava los ojos en él. Egor siente como un mareo. Es el aroma de la muchacha.

—¿Y cómo? Ya he ido donde Kolka Koltsov. Dice que esto se ha acabado. Si tuviéramos otro, por lo menos podríamos copiar los datos...

—Bueno —responde Egor con una sonrisa estúpida—, ¡bienvenida al puesto fronterizo! Siéntete como si estuvieras en casa. Allí está el puesto de vigilancia, allá la enfermería y por allá la escuela. Los baños se encuentran fuera de los edificios, las alcantarillas no funcionan...

Michelle cruza los brazos sobre el pecho. La chaqueta tejana azul se cierra sobre ella como una coraza. Mira a Egor con odio.

—Idiota. Esto no tiene ninguna gracia.

Se vuelve, agacha la cabeza y se marcha. Egor empieza a sudar, su sonrisa se transforma en mueca, pero no se le ocurre ninguna palabra para retenerla. Ya está, la ha perdido para siempre. Después de una conversación



como esta no querría dirigirse la palabra a sí mismo, y mucho menos se la dirigirá Michelle... ¡idiota... sí, la verdad es que eres un cretino integral!

¡Tiene que pensar algo, y en seguida!

Desesperado, junta palabras y balbucea una imbecilidad:

—He compuesto una canción... la he escrito... te la puedo tocar si quieres...

Por fortuna, Michelle está demasiado lejos para oírlo.

### 3

Michelle hace girar el pomo de la puerta con mucha precaución. El pomo cruje, la puerta cruje, las gruesas tablas de pino lacado que recubren el suelo crujen, todo cruje en el condenado apartamento. El abuelo siempre bromea con que es como andar por un campo de minas... un paso en falso y, ¡pumba! El abuelo conoce bien los campos de minas, sirvió como zapador en la guerra. Si la abuela la oye, la cosa se fastidiará.

En lo más profundo del apartamento habla una voz melancólica y ronca:

La bermeja penumbra contra el cielo  
traza una línea de fuego.

He venido a orar tus vísperas,  
soledad del campo.

No es ligero el cesto que llevo,  
pero los ojos son más azules que el día.  
Yo sé que la madre tierra es monja  
y todos nosotros parientes cercanos.

La abuela recita de carrerilla los poemas de Esenin con su patetismo lacrimógeno y barato. Con labios que ya no le obedecen, repite una y otra vez los mismos versos. Piensa que así no perderá la memoria.

Y caminaremos por los campos  
hasta hallar la verdad en la cruz del arado.  
A la luz del libro de la Paloma  
se saciará nuestra sed.

En el lindar de la puerta, Michelle siente el agrio hedor a vejez. El aire es espeso como el agua. Bajo un rayo de sol se arremolina polvo de reflejos dorados, como el plancton bajo la lámpara de un buzo. Los murmullos cesan.

Michelle da un paso, da otro, y de repente se oye en la habitación:

—¿Nikita? ¡Nikita!

Michelle, fastidiada, expulsa de los pulmones el aire que tenía que ayudarla a flotar sobre el entablado.

—¡Nikita! ¿Eres tú? ¿Quién anda por ahí?

—¡Soy yo, abuela! —termina por responder Michelle, de mala gana.

—¿Y dónde está el abuelo?

—¡De servicio, abuela!

Ahora tiene que ir en seguida a la habitación de la vieja, porque si no se asustará y se pondrá a llorar. Antes del derrame cerebral era dura como el granito. No lloró ante la nieta ni siquiera cuando su hija murió en Moscú, que entonces estaba aislada del resto del mundo. Pero ahora derrama lágrimas de cocodrilo por cualquier pequeñez.

Del cuello para abajo, solo puede mover el brazo derecho. Levanta la cabeza, estira el cuello hacia Michelle, arruga la frente con angustia, sonrío cuando por fin la reconoce, y la cabeza vuelve a caer sobre la almohada.

—¿Harás venir al abuelo? —le insiste en tono infantil.

—Vendrá cuando termine el servicio, abuela. ¿Pero qué quieres de él? ¿Quieres que te vacíe la cuña? ¿Que te lave? Eso ya puedo hacerlo yo —le dice con calma impostada. Pero se nota que está malhumorada. ¿Acaso la anciana reconoce el enfado en su voz? A Michelle le daría vergüenza que fuera así.

—No, no, niña, gracias.

—¿Pues entonces...?

—No es nada, niña. Lo esperaré.

La abuela trata de sonreírle para expresar su gratitud, pero la mitad izquierda de su boca no se mueve y solo consigue esbozar una sonrisa torcida.

Toda la habitación está llena de trastos viejos. En la vitrina hay perritos tristes con las orejas llenas de muescas, marineritos que perdieron hace tiempo la laca de los ojos. Sobre la cómoda se amontonan cajas repletas de extraños cachivaches, todo ello cubierto por una gruesa capa de polvo.

El olor agrio hace que le salgan lágrimas de los ojos. No es nada fácil dejar los espacios abiertos y entrar aquí.

Michelle sale de la habitación en cuanto puede, entrecierra la puerta y oye que la abuela retoma su balbuceo:

El blanco abedul  
bajo mi ventana,  
cubierto con nieve  
como si fuera plata.

Michelle, por supuesto, sabe por qué la abuela quiere hacer venir a su Nikita. Conoce con detalle las conversaciones que quiere tener con él. Lo siente por la abuela, pero todavía más por el abuelo, y por ello no irá en su busca, ni le dirá que la abuela lo ha llamado.

Entra en la diminuta cocina y cierra bien la puerta, se sienta en el taburete y se saca el auricular de bolsillo de los pantalones, para ponerse una música que la salve de oír los murmullos de la abuela. Pero en el momento de agarrar el móvil recuerda que el dispositivo se ha muerto.

Michelle contempla la pantalla negra y oscura, sin quererlo, por costumbre, y tan solo se ve a sí misma. Hace tan solo un rato, ahí dentro había todo un mundo, todo su mundo del Moscú anterior a la guerra. Sus padres aún estaban vivos, el piso con cinco habitaciones en el centro de la ciudad y la casa de campo, las avenidas que limpiaban hasta dejarlas relucientes, y las calles pavimentadas, los amigos elegantes de la escuela, los cafés con camareros obsequiosos y los platos más fantásticos.

Vídeos de personas que se ríen. Vídeos con los sermones de papá.

Y música... la banda sonora de su vida más temprana en Moscú. Durante todos estos años que ha pasado en el puesto fronterizo, ha escuchado sin descanso su propio pasado, ha tratado de superponer su música antigua, bonita, cool, sobre este paisaje nuevo y feo. En realidad, no le ha funcionado, pero aún le quedaba el recurso de cerrar los ojos.

Ahora tendrá que abrirlos.

## 4

Polkán sale al patio y contempla su fortaleza.

Es demasiado grande para la guarnición, pero no encontraron un sitio mejor. Antes del Desastre, había sido la fábrica de neumáticos de Yaroslavl. Ya entonces, el extenso recinto había estado protegido por un muro de hormigón rematado por alambre de espino, y los propietarios anterior-

res habían instalado puestos de control en los accesos. Las altas chimeneas, negras como la pez, habrían sido buenas torres de observación... a pesar de la niebla, ofrecían vistas de la otra orilla del río, hasta el horizonte. Pero habían sido un objetivo fácil para los bombarderos y hacía tiempo que ya no se erguían sobre el edificio.

Y ahora las patrullas recorren todas esas hectáreas una vez al día, con perros pastores que husmean por el perímetro, para que nadie excave una galería bajo el muro ni pueda saltar. Los soldados montan guardia en los oscuros edificios de ladrillo de la fábrica y regresan de madrugada a los edificios comunales.

Estos se yerguen al borde de la fábrica: dos edificios prefabricados de poca altura, flanqueados por varios garajes y un patio. Uno de los edificios había alojado la administración, en el otro estaban los apartamentos donde vivían los trabajadores sencillos, que iban tirando con su sueldo mensual. La mayoría eran empleados de la fábrica de neumáticos, que habían recibido el apartamento por su dedicación leal a la empresa. Pero también había otras personas que habían pagado a precio de mercado unos pocos metros cuadrados de vivienda con vistas a la vía del tren.

Cuando aquella vida normal de salarios e hipotecas llegó a su fin y el número de habitantes de Rusia se redujo considerablemente, el límite del mundo conocido y habitado se estableció en la orilla del río, mucho más cerca de la capital. Y los supervivientes abandonaron sus antiguas viviendas y se concentraron en pocos lugares. Como no eran muchos, tampoco tenían muchos motivos de disputa. Quedarse solo y abandonado, agazapado en la casa de antes, sin cristales en las ventanas, a veces sin paredes, habría sido no solo triste, sino también peligroso. Y, por otra parte, los seres humanos suelen buscar calor en sus congéneres...

Y así, como si se hubieran quedado sin fuego en el bosque durante el invierno, se apretujaron en el puesto fronterizo que se había establecido en la antigua fábrica de neumáticos. Se atrincheraron tras los muros de hormigón, se acomodaron en el antiguo edificio de viviendas y en el de la administración, montaron talleres en los garajes, erigieron torretas de vigilancia, pronunciaron un juramento de fidelidad a Moscovia y siguieron adelante con su vida... en el fin del mundo.

En teoría, la Tierra aún era redonda, pero ya no todo el mundo lo creía y tampoco quedaba nadie que pudiera demostrarlo. El mapa geopolítico se había encogido y las manchas oscuras que aparecían en él habían crecido en extensión. De hecho, habrían tenido que rehacer el plano de Yaroslavl, pero ¿quién recorrería la ciudad?

Algunos de los apartamentos se habían transformado en espacios comunitarios. En uno de ellos habían montado un club, en otro una cantina, en un tercero había una enfermería y en un cuarto el jardín de infancia y la escuela, todo en uno. Porque seguían concibiendo niños sin arredrarse: la vida seguía su curso y quienes habían perdido a sus familiares en la guerra buscaban consuelo y olvido el uno en el otro. Lo único que nos une con más fuerza que el amor es el pegamento, pero el pegamento hay que procurárselo, mientras que el amor siempre nos acompaña.

La primera mujer de Polkán había abandonado a su esposo antes del Desastre y se había marchado a algún sitio por Korolev. Por aquel tiempo el hombre trabajaba como jefe del Departamento de Policía del Distrito de Leninsky. Siempre volvía a casa borracho como una cuba y maltrataba a su mujer, llegaba a pegarla, y un día ella se marchó y le dejó tan solo una carta de despedida. No tenían hijos, pero Polkán no había accedido a divorciarse, había jurado no hacerlo. Sin embargo, tampoco había tratado de encontrarla, aunque su posición en la policía se lo habría puesto fácil. Y luego la nueva era de felicidad quedó atrás y los documentos de la antigua Rusia perdieron su validez.

Entonces Polkán le había echado el ojo a Tamara. Pero Tamara no estaba sola... tenía a Egor. Igual que Polkán no pensó en buscar a su primera esposa, Tamara tampoco esperó al padre de Egor. Por el motivo que fuera, tenía muy claro que este ya no se hallaba entre los vivos y no se sentía atada por ningún vínculo conyugal. Tamara sabía muchas cosas... las sabía, sin más.

«Le había echado el ojo». Así lo había explicado después el propio Polkán. Los que lo conocían entonces lo recuerdan de otro modo: «Perdió la cabeza por ella». Sí, de acuerdo, Tamara era hermosa para su edad. Pero ella misma no había previsto que Polkán pudiera amar en serio a una gitana, no solo por una noche, y que aceptara como hijo a un niño gitano.

La había cortejado durante seis meses, se había arrastrado ante ella, había tratado de impresionarla con su adusto porte de policía y había jurado que sería un buen padre para Egor. Y no era el peor novio que pudiera encontrar una cuarentona divorciada. Por aquel entonces ya era comandante del destacamento fronterizo que más adelante se transformaría en aquella base.

Un mes después de que Tamara aceptase el matrimonio, Polkán empezó a moderarse con la bebida. En ningún momento le puso una mano encima a su nueva esposa.

Sin embargo, no logró hacer de padre para Egor, y Egor tampoco había sido un hijo para él.

Egor, a diferencia de Tamara, no estaba convencido de que su verdadero padre hubiera muerto. Estaba claro que se parecía a este último: tenía pómulos prominentes y ojos grises y almendrados. No había heredado la piel oscura ni los cabellos morenos de su madre.

A nadie se le habría podido ocurrir que Egor fuese hijo de Polkán, de aquel gigante fornido con labios gruesos y la cabeza pegada a los hombros.

Pero, por respeto a Polkán, no había nadie en la base que, a sus espaldas, llamara hijo de gitano a Egor.

Lo llamaban, sin más, «el muchacho de Polkán».

## 5

Egor contempla la silueta teñida de escarlata de los edificios prefabricados que se divisan al otro lado de las vías. Allá es donde se pudre poco a poco la ciudad de Yaroslavl. ¿Y si lo intenta allí? Quizá tenga suerte.

Sería estupendo si pudiera encontrar un teléfono móvil. Tal vez hallara incluso un iPhone. Y se lo llevaría a la joven como si nada. Toma, lo tenía por ahí, se me ha ocurrido que podrías usarlo, como que el tuyo está jodido...

O no.

Aún mejor: le explicaría con todo lujo de detalles las aventuras que había tenido que correr para conseguirlo. Lo difícil que le había resultado escapar de la base, la mentira que había contado en el control de salida y quién le había pasado la información sobre el piso cuyos residentes, ya fallecidos, habían escondido el flamante iPhone. Habría sido magnífico encontrar uno nuevo con el embalaje original. ¡Seguro que Michelle habría sabido apreciarlo!

Podría contar a los guardias del portón que Polkán lo ha enviado al puesto de vigilancia, pero terminarían por llamar a su padrastro y el padrastro lo delataría a la madre, y la madre se volvería loca porque su niño estaría corriendo un peligro terrible. Si fuese por ella, Egor se pasaría el día entero sentado en el patio tallando bastones con un cuchillo.

En los edificios medio derruidos de la fábrica en ruinas hay un refugio antiatómico, un búnker. La entrada se halla en el recinto de la propia fábrica, pero los pasadizos subterráneos llegan muy lejos. Se accede por

una pesada compuerta de hierro con cierre de válvula, como en un submarino. Es el escondite secreto de Egor, que no conoce nadie, aparte de él mismo.

Aparte de él... y de Polkán. Fue Polkán quien se lo enseñó en una ocasión, bajo pacto de silencio, para ganarse la amistad de Egor. Pero no bastó para que se hicieran amigos.

Egor agarra un kalashnikov de cañón recortado en la caseta del guardia, busca la máscara antigás que tiene escondida en el búnker, se mete por la compuerta y sale al otro lado del muro, se sube al longboard y patina siguiendo la vía del tren en dirección a la ciudad. La vía férrea se dirige al Distrito de Leninsky, antiguo feudo de Polkán.

Una vez ha salido, puede elegir entre la Sovetskaya y la avenida de la República. Ambas se alejan del río y se dirigen al centro de la ciudad.

Yaroslavl es una ciudad como otra cualquiera. Aquí un par de muestras de arquitectura estalinista, allá un edificio prefabricado, más a lo lejos los tres pisos de un centro comercial acristalado, después un parque infantil, una montaña de basura, una estatua de Lenin cubierta de mierda de paloma y una iglesia desconchada. Los coches herrumbrosos, inmovilizados en perpetuo atasco, parecen latas de pescado en conserva ya vacías. Plantas rodadoras y el ramaje nudoso de lo que antes de la guerra fueron árboles y ahora crecen de cualquier manera, porque nadie cuida de ellos.

A los habitantes del puesto fronterizo no les gusta ir a la ciudad. Como mucho, van el Sábado de Difuntos que celebra la Iglesia ortodoxa, para visitar el cementerio. Van hasta allí, se quedan un rato, suspiran, beben un trago en honor de los muertos. Al ver las ventanas cerradas, recuerdan la vida de antaño, se ríen de los problemas de entonces, lloran en silencio por quienes jamás volverán, y eso es todo.

Pero a Egor le gusta la ciudad. Aquí, por lo menos, puede correr de verdad con el longboard.

El asfalto aún se conserva bien, aparte de algún lugar en el que las raíces han perforado su grisácea superficie, o las granadas abrieron un bache. Pero así es aún más divertido.

Su madre podría ahorrarse la paranoia... en la ciudad no hay nada que no se pueda solucionar con un kalashnikov de cañón recortado de los que usaba la policía. Por supuesto que después de la guerra el bosque se ha acercado a las casas y ha engullido las afueras. Y con el bosque llegaron todos sus posibles habitantes. Los que pensaban que todas las bestias morirían durante la guerra no tenían ni idea de lo que decían. Pero no

son más que animales. Evitan a los humanos, olfatean la pólvora y el aceite lubricante a un kilómetro de distancia y por lo general solo se devoran entre sí.

Tal vez la otra orilla esté plagada de monstruos... pero en todo caso ninguna de esas criaturas ha cruzado el río, igual que no lo ha cruzado ningún humano.

Egor patina bajo los cables eléctricos de los tranvías hasta la estación de autobuses, pasa de largo frente a los grandes vehículos que se han derretido sobre el asfalto y llega al centro comercial calcinado donde, como por un milagro, aún cuelga el cartel de «Juguetes». Sabe que en el centro comercial había habido una tienda de teléfonos móviles, detrás de los restaurantes, en la planta baja. Antes los móviles eran lo mejor. Todo el mundo tenía uno. ¿Qué diablos fue de todo aquello?

Entra en el edificio patinando sobre el longboard. En el techo se abre un gigantesco boquete por el que entra una luz pálida y hojas marchitas caen en el interior. Las tiendas están a oscuras, vacías. Por supuesto que hace mucho que el centro comercial fue saqueado. Apenas empezó la guerra, las gentes se llevaron todo lo que no estaba clavado a la pared o al suelo. La orden de disparar contra los ladrones no sirvió de nada.

Una cafetería calcinada, una crepería calcinada, una hamburguesería calcinada.

¡Es allí! Carteles negros y amarillos, y la chica derretida en el anuncio: media cara sonríe, la otra media está carbonizada.

Egor hurga en el plástico quemado con la punta de la bota, mira por la oscura sala. Nada... ya era de esperar. Por alguna parte se oye agua goteando, el viento silba por las tuberías como por una flauta. Las ratas provocan crujidos. Sin ser consciente de ello, Egor une el sonido de las gotas en una melodía. Las palabras le vienen por sí solas a la cabeza:

El viento sopla en cañerías que son como flautas

con los labios agrietados.

Pesadas gotas de mercurio,

galimatías tedioso e infame.

Tic tac tic, y yo me pregunto, ¿acaso me ama?

¿O no me amará?

Egor se detiene, no puede dejar de mirar a la joven chamuscada. Agarra con los dedos el mástil imaginario de la guitarra que Polkán le ha quitado y toca los acordes que corresponden, pero se detiene a la mitad.



Luego vuelve a subirse al longboard y se pone en marcha de nuevo. No quiere regresar con las manos vacías.

## 6

En el lugar donde el puente llega a la orilla hay un puesto de vigilancia. Sacos de arena amontonados, un fuego de acampada, algunos hombres en derredor. De allí parte un cable telefónico que llega a la base. En el caso de que alguien se presentara en el puente, podrían llamar en seguida a la caseta de guardia que está en el portón, o directamente a Polkán. Pero hace una eternidad que nadie se deja ver en el puente y por ello los hombres acuden al servicio de vigilancia tan solo para escuchar los chismes del día mientras se toman un aguardiente de elaboración casera. De noche hace frío y el jefe no lo prohíbe.

El puesto de vigilancia está lo bastante lejos de la orilla como para que sus ocupantes no tengan que respirar los efluvios del río. La niebla es densa y pesada, como si fuera de caucho. No se extiende más allá del río, como si el agua la atrajera hacia sí. Si se ilumina con un reflector, el haz de luz se sumerge en su masa verde y ponzoñosa, pierde toda su potencia y no va más allá. Se refracta y se propaga uniformemente en todas las direcciones. Así, la niebla parece un muro blando, pero impenetrable. Como si fuera el límite de una burbuja que contuviera la base y todo el resto de Moscovia. Tal vez galaxias enteras floten en la negrura detrás de esa pared. Pero también sería posible que allí no hubiera nada. Lo más probable es que no haya nada, porque nada se divisa.

—Hum... Lenka, la pelirroja, por supuesto. Mejor dime a quién no le gusta y terminarás antes. Lenka es la que hace que todo esto funcione.

Los hombres se ríen.

—Pues yo también me lo montaría con Michelle —replica con voz resuelta el pelirrojo Kolka Koltsov.

—¡Ja, ja... Michelle! ¿Habéis oído esa, muchachos?

—¡Michelle!

—¡Cualquiera se enrolla con esa! Mejor que vayas por la pelirroja, o te marches a Shangháí, Koltsov. ¡No vaya a ser que revientes mientras esperas a tu Michelle!

A los hombres del puesto de vigilancia les gusta charlar. Tan pronto como se callan, el río empieza a hablar. El río barbotea y hace ruidos

como si estuviera digiriendo a alguien en su interior, y a veces emite sonidos que no se pueden describir con palabras.

De pronto, Yamshchikov se estremece y da una palmada en el hombro a Anton, que en ese momento está echando un trago. Mira con temor en dirección al puente.

—¿No se ha oído un murmullo por allí?

Anton deja la petaca en el suelo, escucha alarmado y se vuelve hacia Yamshchikov. Ha puesto una cara tan ridícula que Yamshchikov se ríe, triunfante. ¡Una vez más! El muchacho siempre se lo traga.

—Serás gilipollas... ¡Casi me atraganto por tu culpa! ¡Ahora me arde la garganta! —gruñe Anton.

Anton enrosca el tapón en la petaca. No piensa darle ni una gota más a Yamshchikov. Este todavía se retuerce entre carcajadas. Sabe que Anton, por algún motivo inexplicable, tiene miedo cuando están de guardia en el puesto de vigilancia. Todo el mundo lo sabe y por ello se han puesto de acuerdo para darle un susto por lo menos una vez por turno. En el puesto de vigilancia apenas si hay diversiones, así que aprovechan lo que tienen.

—Ahora parece que es de verdad, ¿no? Sí, ¿no lo oyes ahora? ¡Como si alguien murmurara! No te parece, ¿eh?

## 7

Egor llega al gran edificio de apartamentos prefabricado a una hora en que Yaroslavl parece haberse empapado de oscuridad, como una esponja. El muchacho enciende la linterna y entra.

El vestíbulo está cubierto de hojarasca que el viento ha arrastrado al interior, aquí y allá se ven pequeños esqueletos y mierda seca. Alguien hizo un nido con chaquetas acolchadas, ya podridas, junto a la tolva de basuras del rincón. Pero, sea lo que fuere que hubo aquí, no quedan trazas de esa vida, ni de ninguna otra. Los ascensores están parados, la oscuridad reina en sus cabinas.

Egor sube de piso en piso y prueba los pomos de las puertas de cada uno de los apartamentos desiertos.

En ocasiones le parece como si algo se moviera, pero debe de ser tan solo el viento que sacude las ventanas y las puertas de los armarios de cocina.

Por fin, Egor encuentra una puerta que no está cerrada, y entra en el apartamento.

Halla una momia en chubasquero sentada sobre la mesa de la cocina. Sus manos negras y deformes se apoyan sobre el mueble. Los pájaros le han sacado los ojos.

Egor se sienta sobre el otro extremo de la mesa.

—Hola, ¿cómo te va la vida?

—Tirando. No sé qué me pasa en los ojos.

—Pues vaya mierda, tío. ¿Y qué otras novedades tienes?

—¿Qué novedades quieres que tenga, hermano? Llevo un montón de años sin moverme de aquí.

—No te has perdido nada. No ocurre nada interesante.

—¿Moscú sigue en pie?

—Desde luego que sí.

—¿Alguna noticia de la otra orilla?

—Nada. No llaman, no escriben. Oye, ¿y cómo te llamas?

—Semyon. Semyon Semiiónovich. ¿Y tú?

—Yo me llamo Egor. Egor Batkóvich.

—Gracias por pasarte, Egor Batkóvich. Me viene bien que al menos cada cinco años venga alguien a saludar.

—Ah, no hace falta que me des las gracias, vivo aquí mismo. Escucha, Semyon, ¿te importa si te registro los bolsillos? Necesito con gran urgencia un iPhone. A una tía que conozco se le ha estropeado el suyo y se me ha ocurrido que... bueno, verás, es que quiero regalarle uno.

—¿Y es guapa?

—Está como un queso. Pero pasa de mí. Soy demasiado joven para ella y tal, ya me entiendes.

—Vaya... por lo general no me gusta que me vacíen los bolsillos, pero si es por una tía buena...

—Sí, está muy buena. De verdad.

—Bueno, pues vale. Adelante.

—¿Y tú de qué te has muerto, Semyon Semiiónovich? ¿No tendrás... algo contagioso?

—No creo. Y en todo caso el microbio ya se habrá muerto también. Venga, ya te lavarás luego las manos.

—Está bien, gracias. Iré con cuidado.

Egor mete las manos en los bolsillos de Semyon Semiiónovich. Este se esfuerza por no perder la compostura. Los bolsillos, por supuesto, están vacíos. Egor se limpia las manos, recorre el apartamento, mira en los armarios, pero no encuentra nada que pueda robarle a Semyon Semiiónovich.

El muchacho registra otros dos apartamentos.

Los dos están hechos un desastre. Alguien vació los armarios y las cómodas, y todo lo que había está por el suelo, pisoteado. El resto de los muebles ha desaparecido. Por todas partes hay libros con las páginas arrancadas y el cristal de los vasos y las copas de champán, ya desmenuzado, cruje bajo sus pies.

Ve por las ventanas que la ciudad está pasando del rojo escarlata al azul oscuro... el sol se pone.

Ya es hora de volver.

Egor se echa el kalashnikov al hombro y patina sobre el asfalto agrietado.

## 8

—¡Venga, vámonos a casa, abuelo! —Michelle habla con el abuelo Nikita. Aunque le ruegue, su voz es severa. El viejo Nikita le enseña el vaso aún medio lleno.

—¡Todavía no es el momento!

—La abuela te llama. No consigue dormirse.

Nikita mira de mal humor a los presentes. Los otros dos viejos, amigos de Nikita desde hace años, desde los tiempos de la fábrica, suspiran comprensivos. No pasa nada, compañero, ya lo entendemos. Se apresuran a brindar y se beben a sorbos el aguardiente turbio que ellos mismos elaboran —Michelle lo llama «aguardiente artesano»— y Nikita se pone en pie entre gruñidos. Se apoya en su nieta y, no sin esfuerzo, da un primer paso. El medio vaso que se ha bebido se hace notar.

—¿Qué es lo que dice?

—¿Qué va a decir? «¿Dónde está el abuelo?» Y encima recita «Abedul» una y otra vez.

Al llegar a la entrada de la casa, se miran a los ojos, y entonces Michelle lo agarra por la manga.

—¡Abuelo, yo ya no puedo más!

—Ya volvemos a empezar.

—De verdad. Yo me muero.

—No seas exagerada.

—Te lo digo en serio.

—Yo sí que te lo digo en serio, Michelle. Piénsalo bien. Si tus padres aún vivieran, ¿no crees que hace tiempo que habrían venido por ti? Tu padre te quería con locura. Siempre te llevaba a hombros, no te dejaba ni caminar... ¿cuántos años hace que no sabemos nada de ellos? La cosa está clara, ¿no?

Michelle respira hondo. ¡Cuántas veces ha terminado la conversación en este mismo punto! Porque Michelle se obstina en no querer aceptar que sus padres deben de haber muerto hace tiempo. Mira a la cara a su abuelo.

—Sí, bueno, ¿y qué? Supongamos que han muerto. ¿Qué cambia con eso?

—¿A dónde irías?

—Con el tío Misha. O con la tía Sasha.

—¿Y cómo es que no han llamado en todos estos años? ¿Cómo es que el tío Misha no nos ha llamado?

—Bueno, vale, no nos ha llamado. ¡A mí me da igual!

—Ven, Michelle. Vamos adentro.

La joven dice que no con la cabeza, pero sigue al hombre escaleras arriba. Se cruzan con los vecinos, les deslumbra la luz que escapa por las puertas abiertas, oyen niños que ríen y lloran, un matrimonio se pelea y no se les ocurre cerrar la puerta. El edificio comunal no se llama «comunal» porque sí..., se trata de una verdadera vivienda comunal repartida en cuatro pisos. ¡Como si allí pudiera guardarse algún secreto! O tener una vida privada.

La puerta chirría como siempre, por supuesto, y la abuela la oye en seguida.

—¡Nikita! ¿Eres tú? ¡Nikita!

—¡Sí, Marusya, soy yo!

—Ven para aquí, Nikita. Tengo que hablar contigo. Ven.

Michelle se queda sentada en la cocina y mira a la pared. ¡Si tiene que vivir aquí sin un móvil, igual podría ahorcarse!

—¿Qué te pasa, Marusya?

—¡Quiero que nos casemos, Nikita! Que nos casemos por la iglesia.

—¿Y eso por qué?

—Tenemos que darnos el sí ante el Señor, Nikita. Yo me voy a morir pronto. Si seguimos así, ¿cómo quieres que nos reunamos después en el cielo? Yo te echaría de menos. ¿tú a mí no?

—Sí, claro que te echaría de menos, Marusya. Claro que sí. ¿Pero tú cómo sabes que voy a ir al cielo?

—¡Ahora no me salgas con esas! ¿Ya vuelves a estar borracho?

—Desde luego. Y tengo entendido que en el cielo no quieren borrachos. El arcángel San Miguel te dice en la puerta: ¡Venga, sopla aquí! Y cuando haya soplado me cerrará la puerta en las narices. ¿Quién era el que estaba en la puerta? ¿San Miguel? ¿O San Gabriel?

—¡Mira que eres idiota! ¿Por qué me dices eso?

La abuela solloza y lloriquea. Michelle se pone en pie, apoya la frente contra el frío cristal de la ventana, mira al patio.

—Perdona, ha sido un chiste estúpido, tienes razón. ¿Pero quién va a casarnos? No tenemos a nadie ni siquiera para los funerales y tú vas pensando en bodas. ¿Quién va a casarnos? ¿Polkán?

—¡Imbécil!

## 9

—¡Eh, Yamshchikov... dame luz!

—¿Dónde la quieres?

Yamshchikov se ríe, pero esta vez Anton insiste. No puede apartar los ojos de la espesa niebla en la que desaparece ese puente cuya longitud ya nadie conoce. Parece como si algo se moviera de verdad sobre el puente, como si cobrara forma y creciera. Como si se acercara.

Anton va por los veintiséis años. Sus ojos son jóvenes, no le gusta leer, y por ello tiene puntería de francotirador. Y Yamshchikov, por su parte, es tan intrépido que podría matar a cuchilladas a un jabalí... pero ha perdido vista con la edad.

—¡Apunta con la linterna hacia allí! ¡Enciéndela! ¡Hacia allí, hacia el puente!

—¿Hacia el puente?

Yamshchikov se ríe de nuevo, y entonces Anton le arrebató la linterna de las manos y apunta el rayo de luz hacia el verdoso muro.

—¡Allí! ¡¿No lo ves?!

Las manos le tiemblan tanto que a duras penas logra sostener la linterna. El débil rayo de luz apenas si logra penetrar en el muro de niebla, no consigue enfocar la mancha oscura que se recorta en el verdoso velo.

Pero la mancha se vuelve más grande y no tardan en verla también los demás, incluso Yamshchikov, el corto de vista, que hasta hace un instante creía que le tomaban el pelo.

La pegajosa niebla se adhiere a ella, la envuelve, no les permite distinguir sus contornos. Avanza con movimientos extraños, irregulares, como si se moviera a sacudidas, a espasmos, y se balanceara de un lado a otro. Debe de medir más de dos metros, quizá tres. Un cuerpo largo y delgado, que parece estar coronado por una cabeza enorme.

Los hombres del puesto de vigilancia se quedan como paralizados y miran mientras se acerca..., como si hubieran olvidado todos los proto-

colos. Se habían acostumbrado a la idea de que al otro lado no hay nada, de que por allí no puede venir nada... nada ni nadie.

Y tan solo cuando ya se vislumbra en toda su estatura a través del muro de niebla, cuando por fin está claro que hay algo, Yamshchikov vuelve en sí y grita:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Pero la criatura no se detiene. Sigue avanzando con obstinación hacia el puesto de vigilancia, sigue acercándose, un paso más, y otro, y otro.

Yamshchikov empuña un fusil de asalto y apunta hacia el cielo profundo y turbio —las nubes se ciernen sobre sus cabezas como un techo de cristal invisible— y tira del gatillo. El cristal no se hace añicos, el cielo no se viene abajo, pero la criatura sigue caminando hacia ellos.

—¡Alto, o disparo! —ruge Yamshchikov.

Pero Anton le arrebató el fusil ametrallador.

—Deja que dispare yo. Tú mejor me das luz...

Yamshchikov dirige un haz de luz tembloroso hacia la figura que se acerca. Anton, con su estupenda vista, ya la tiene en el punto de mira. La criatura sigue envuelta en un velo verdoso, pero no costará acertar en ese gigantesco cráneo.

Anton toma aliento, lo vuelve a soltar... y entonces hinca la rodilla en el suelo y dispara la mitad del cargador sobre el cráneo de la bestia.

Las balas no la detienen, ni siquiera la frenan un instante, como si Anton hubiera errado el tiro... o como si las balas no pudieran hacerle daño. Sigue adelante, imperturbable, firme, obstinada.

—¡Todos a las armas! ¡Venga, muchachos!

Yamshchikov agarra el auricular del teléfono para llamar a la base. ¡Al menos tiene que avisarlos!

Entonces, por fin, aquella figura emerge de la niebla y emite un sonido.

Un aullido melancólico, sordo, que parece humano... no... humano, no.

## 10

¿Por dónde anda Egor?

Polkán está sentado y Tamara de pie frente a él... alta, delgada, con cabellos morenos ya entrecanos, recogidos en una cola. Una cruz de plata le cuelga sobre el pecho. Polkán se encoge de hombros.

—Tu niño debe de haberse marchado por ahí. ¿Yo qué voy a saber?

—¿Le has autorizado a salir de la base?

—¡Yo no he autorizado a nadie a ir a ningún lado! Me ha pegado unos cuantos gritos y se ha ido. ¿Es que no lo conoces?

—No está en el patio.

—Bueno, ¿y qué? Seguro que se ha ido a la fábrica y se pasea por allí con el patín.

Tamara se cuadra.

—He tenido un sueño. Nos amenaza un peligro. De más allá, del otro lado.

—¿Del otro lado de qué, Tamara?

—Del otro lado del puente. Vendrá arrastrándose por el puente. Una serpiente. Un dragón...

—Ajá. Sí, claro, un dragón.

Polkán se levanta haciendo chirriar la silla contra el suelo, va a la cocina y levanta la tapa de la olla. Desde el rincón lo contempla embelesado un icono de San Nicolás de Mira, enmarcado en chapa metálica, y desde la mesilla de noche, Santa Matrona de Moscú, en blanco y negro...; no es un icono, sino que la fotografiaron en vida. Por eso no mira con dulzura, sino con el ceño fruncido y expresión recelosa, como corresponde a una persona de carne y hueso. Todo el apartamento está repleto de imágenes de santos como esas. Es aún peor que en la iglesia.

—Un dragón... viene arrastrándose. Traerá grandes desgracias.

Tamara estrecha los ojos y perfora a Polkán con la mirada. El hombre finge un bostezo.

—¡Otra vez con esos cuentos! ¡Por Dios bendito, Tamara, no vuelvas a empezar! ¡Un dragón! ¿Al menos lo dirás en sentido figurado? ¿O tu dragón es un dragón de verdad? Santo cielo, ¿no puedo repetir?

—Estoy angustiada por Egor. También aparecía en el sueño, ha ocurrido algo malo...

—Basta ya con tus profecías o como quieras llamarlo... ¡No le ha ocurrido nada, habrá ido a dar una vuelta y luego volverá a aparecer! Oye, ¿podrías explicarme por qué el estofado es tan escaso? ¿O es que has cocinado tan solo para nosotros dos?

—Mi niño..., mi pobre niño...

Tamara entorna los ojos y empieza a desplomarse. Polkán suelta la cuchara, arroja la silla a un lado y agarra a su mujer por las axilas antes de que se golpee.

—¡Siempre igual! ¿Hasta cuándo va a durar esto? ¡Vas a conseguir que nos volvamos todos locos... te volverás loca y me volverás loco a mí también! ¡Tamara! ¡Ta-ma-ra! ¡Vuelve en ti, joder!

De pronto se oye un estampido en la lejanía y las ventanas traquetean.



Egor patina a toda velocidad por la calle asfaltada en dirección al puesto de vigilancia, salta del patín y sigue por entre los arbustos hasta llegar a las vías. Por el camino se clava un montón de espinas descoloridas que aún quedan en las plantas marchitas.

—¡Aguantad! ¡Ya voy! ¡Ya estoy aquí!

Por suerte, se encontraba cerca al oírse el estampido en el puesto de vigilancia.

También por suerte, aún no había regresado a la base. ¡Ha llegado a tiempo! Sí, ¿no?

Al salir de los arbustos, Egor empuña el arma con más fuerza todavía, mira frenético a su alrededor... ¿quién ha disparado... quién les ha atacado?!

Los hombres del puesto de vigilancia han bajado los rifles de asalto.

Clavan los ojos en la niebla, atónitos... Esta vez están fascinados de verdad.

Algo... alguien avanza hacia ellos, tambaleándose, con el cuerpo encorvado. Avanza y... no, no aúlla, sino que canta.

—Señooor, teeen piedaaad...

Ahora las palabras se oyen bien. También está claro por qué no las habían entendido la primera vez.

Viste un hábito negro andrajoso, desgarrado sobre el pecho. Los jirones tiemblan como vela al viento y desfiguran su perfil. Una pesada cruz de hierro danza al extremo de una cadena, choca contra sus costillas a cada paso que da, se balancea y vuelve a golpearlas.

—Señooor, teeen piedaaad...

Lo que en la niebla parecía la cabeza gigantesca de un monstruo es en realidad un estandarte eclesiástico como los que suelen usarse en la Iglesia ortodoxa, mugriento, sobre el que destaca la faz pintada a mano de un anciano de barba blanca... fatigado, sufriente, con el pecho perforado por balas de plomo.

Mientras la extraña figura recorre los últimos metros hasta la barrera, los hombres susurran:

—¿Cómo ha podido cruzar el puente?

—¿Cuántas ráfagas le hemos disparado? Y no se detiene...

—¡Señooor, teeen piedaaad!

Entonces, por fin, lo ven bien.

Sostiene con una de sus manos una viejísima máscara antigás de color

verde, con los cristales sucios. Debía de llevarla puesta al pasar por el puente. Por eso ha logrado llegar. A través del respirador, su cántico sonaba como el aullido de una bestia.

Tiene el rostro y los brazos cubiertos de heridas, el pecho lleno de cicatrices. Sus ojos entornados, en blanco, parecen a punto de salirse de sus órbitas. No parpadea. Calza unas zapatillas de deporte andrajosas, manchadas de sangre. Lleva la barba revuelta. Apenas si se puede distinguir nada más en su rostro... lo cubre una costra de inmundicia y sangre seca.

—¡Eh! ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

El hombre no responde.

Se detiene a cinco pasos del puesto de vigilancia. Los centinelas están apretujados tras el parapeto. Baja el estandarte y lo deja caer sobre la grava de la vía férrea.

Entonces se arrodilla, exhausto, y se desploma sobre un costado.

Polkán y sus guardias vienen corriendo desde el puesto fronterizo y lo registran, pero no encuentran ningún arma. Lo agarran por brazos y piernas y cargan con él hasta la base. Polkán ordena que lo lleven a la enfermería.

En medio de la agitación, Egor se acerca al puente todo lo que puede..., hasta que la niebla le arde en los ojos y le escuece en la garganta. Contempla la masa verdosa que barbotea sin cesar, aguza el oído...

A veces le parece que al otro lado hay alguien que murmura..., a veces cree oír los jadeos de una persona que se asfixia. Pero aparte de este extraño recién llegado, nadie había atravesado jamás el muro de niebla.

—¡Egor! ¡Márchate a casa!

La bofetada es tan fuerte que por unos instantes cree haberse quedado sordo.

Polkán lo agarra por la nuca y se lo lleva a rastras.

Egor suelta maldiciones entre dientes, pero ahora no se atreve a encararse con Polkán. Da igual, ya ajustará cuentas más adelante.

El propio Polkán vacila. Aun después de haber echado a todo el mundo, se queda unos momentos en la entrada del puente. Después escupe furioso sobre este y se marcha para casa...